

es indispensable, eterno. Pero ¿qué entiende por la religion del espíritu que él llama cristianismo? Sobre este punto hay graves debates. Comprendermos que las dudas de Strauss sobre la inmortalidad individual y su crítica del Dios personal de los cristianos no sean del agrado de aquellos que, por un lazo cualquiera, siguen unidos al cristianismo histórico. Á nuestro juicio, cuando se repudia la vida futura del individuo y cuando se niega que Dios tenga conciencia de sí mismo, no puede ya hablarse de religion. De ahí la reaccion que, aun en el seno del protestantismo inortodoxo, se produjo contra Strauss. Sin embargo, debemos hacer una observacion, cual es que los protestantes, aun aquellos que son medio ortodoxos, hablan el lenguaje de Strauss y participan de sus esperanzas. Hemos citado el nombre de Rothe, profesor en Heidelberg, el cual puede pasar por ortodoxo, puesto que admite lo sobrenatural (1). No obstante, dice, como Strauss, que es menester una reforma en la Reforma, y no entiende por esto, como muchos de sus amigos del justo medio, una simple reforma de la Iglesia, sino un nuevo cristianismo. Vamos á oír su parecer, porque es un hombre autorizado, cuyo nombre será para los cristianos de mucho más peso que el de Strauss.

La grande objecion que los ortodoxos de todos matices dirigen á los que aspiran á un nuevo cristianismo, á una nueva religion, es que la única religion posible es el cristianismo tradicional: ¡ó el cristianismo sobrenatural, dicen, ó no hay religion! En esto se hallan de acuerdo con los incrédulos, los cuales dicen tambien que lo sobrenatural es la esencia de la religion; pero de ahí concluyen que el cristianismo tradicional es la última de las religiones; de ahí toman pié para asegurar que ha muerto ó que, por lo ménos, está agonizando. Esta singular armonia entre los discípulos de Cristo y sus mortales enemigos debería dar en qué pensar á los ortodoxos y hacerles ver la peligrosa serda hácia la cual empujan á la humanidad: ésta no quiere ya prodigios ni milagros, ¡y ellos pretenden imponerle una creencia sobrenatural en su principio, sobrenatural en el destino que promete á los hombres, y sobrenatural tambien en los medios de salvacion que les anuncia! ¿No es esto empujar

(1) Rothe, en la *Allgemeine kirchliche Zeitung de Schenkel*, 1864, p. 298 y siguientes.

al mundo cristiano hácia la incredulidad y hácia el materialismo?

Concíbese que los católicos usen ese lenguaje, porque ellos tienen la pretension de poseer una fe que nunca ha variado, que no variará jamas, pretension absurda, imposible, desmentida por los hechos. Pero ¿pueden tener esas pretensiones los protestantes? ¿Olvidan su origen? ¿Olvidan que datan de ayer? ¿Olvidan que ántes del siglo XVI no habia protestantismo, ni justificacion por la fe, ni religion individual? ¿Cómo pueden ellos, procediendo de una reforma que es una revolucion religiosa, negar la posibilidad de una revolucion en el dominio de la fe? ¿No son ellos la revolucion encarnada? ¿No dicen que su cristianismo es superior al cristianismo romano? Pues si hay dos cristianismos, uno católico y otro protestante, ¿por qué no podría haber un tercero que no fuera ni protestante ni católico, sino que fuera el cristianismo de Jesucristo, tal como Jesucristo le predicaría en nuestras sociedades modernas, si le fuera dado volver á la vida? ¿Se negará la necesidad de ese nuevo cristianismo? Echemos una mirada alrededor nuestro: el mundo viejo se derrumba, y ¡se quiere mantener la religion de ese mundo decrepito! Para un mundo nuevo, se necesita una nueva religion.

¡Pero eso no será ya el cristianismo! dicen los partidarios del pasado. Es menester que nos entendamos; han transcurrido diez y ocho siglos, y todavía nadie se entiende sobre lo que es el cristianismo. Y, sin embargo, hay un punto, dice Rothe, sobre el cual deberían estar de acuerdo los ortodoxos, á saber: que el cristianismo es la obra de Jesucristo. Pues bien, ¿acabó el Señor su obra en los tres años que duró la predicacion de su Evangelio? ¿Murió ó resucitó? Si resucitó, vive siempre, obra siempre, y permanece siempre siendo el mismo; pero su obra avanza incesantemente. Luego el cristianismo cambia, aunque el principio que produce esas modificaciones permanezca invariable. Es, pues, imposible que el cristianismo se inmovilice en la forma que revistió en una época determinada. Si se pretende inmovilizarle, puede asegurarse que no estamos léjos de una revolucion que rompa con violencia la forma que los intereses ó las pasiones humanas quieren eternizar. Una de dos: ó una reforma incesante, ó sacudimientos como el del siglo XVI; pero de cualquier modo tiene que operarse un cambio profundo.

Nuestras ideas y nuestros sentimientos no son ya los del siglo XVI; y por esta sola razon es indispensable una reforma. ¿Necesitamos insistir para demostrar que la concepcion que el siglo XVI tenía de Dios, del hombre y del mundo, no es ya la nuestra? ¿Dónde están los que creen todavía en el dogma de Nicea sobre la Trinidad? ¿Dónde los que creen que Jesus es hombre y Dios al mismo tiempo, y que reúne en un solo sér dos naturalezas antagónicas? ¿Dónde los que creen que Jesucristo murió por redimirnos del poder del demonio? ¿Dónde los que creen que el bautismo nos salva por el poder milagroso del sacramento? ¿Dónde, en fin, los que creen que todos esos dogmas fueron escritos en la Biblia por mano del Espíritu Santo? Cierzo es que en nuestro siglo de reaccion hay hombres que tratan de dar calor á esas viejas creencias, de reanimar la fe agonizante con alardes de mentido entusiasmo. Pero ¿cuáles son los resultados de ese movimiento facticio? ¿Dónde está la vida nueva? El árbol se juzga por los frutos, ¡y el árbol permanece estéril! ¿Ni cómo puede ser de otro modo? Los nuevos ortodoxos hablan á los hombres del siglo XIX el lenguaje del siglo XVI, y ¡se quiere que remuevan las almas con palabras que ya no encuentran en ellas eco alguno!

En este mismo Estudio hemos dicho de qué modo entiende Rothe la Reforma, ó sea la revolucion religiosa cuya necesidad proclama. Mientras permanece en los términos generales, está de acuerdo con Strauss. El cristianismo tradicional es una religion eclesiástica, ó, como nosotros decimos, una religion del otro mundo; es preciso que llegue á ser una religion que regenere al mismo tiempo al individuo y á la sociedad. Esto será siempre el cristianismo. Rothe, por lo mismo que ha permanecido medio ortodoxo, es más exclusivo que los protestantes avanzados, y no quiere admitir que la humanidad moderna proceda de otro principio que no sea el principio cristiano. En esto hay una inconsecuencia evidente. ¿Cuál es el espíritu que anima á la sociedad civil? ¿No es el principio de libertad? Y ¿quién le ha dado esa necesidad de libre exámen? Seguramente no ha sido el cristianismo. Un escritor que nadie tildará de sospechoso, Mr. Guizot, ha dicho: ese principio le hemos heredado de la filosofia, que es en esencia la libertad de pensar. Y ¿no tuvo la filosofia su más noble representante en Atenas? ¿Por qué excluir entonces

á la gentilidad de nuestra tradicion? ¿Por qué no conceder á Sócrates un puesto al lado de Jesucristo?

III.

En Francia, lo mismo que en Alemania, los protestantes liberales reclaman la necesidad de una reforma en la Reforma. "Una revolucion tan importante como la del siglo XVI, dice el *Discípulo de Jesucristo*, se cumple á través de las dificultades acumuladas por el tiempo, de la ignorancia y de increíbles timideces" (1). En el seno del protestantismo frances hay hombres que causan miedo á los tímidos. Si tuviéramos alguna reconvenccion que dirigir á Mr. Réville, le diríamos que peca por una reserva excesiva. Pero en realidad no merece ni las reconvencciones de sus adversarios ni las críticas de sus amigos. Mr. Réville es pastor, y comprende y sufre las exigencias de una época de transicion. ¡Dios nos libre de justificar ni de excusar siquiera la hipocresia! Pero para los hombres empeñados en la lucha de la vida real hay necesidades á las cuales no pueden sustraerse. Las revoluciones religiosas no se hacen en veinticuatro horas. Si los reformadores se apresuráran demasiado al realizar sus reformas, irían más allá del objeto que se proponen, y traspasar el blanco es errarle. Sepamos agradecer á los hombres serios y positivos, tales como el pastor de Rotterdam, los esfuerzos que hacen para indicarnos claramente hácia qué ideal debemos marchar: ese ideal es el de Strauss y el de Rothe; es un nuevo cristianismo.

Para negar que el cristianismo no esté en todas partes en via de trasformacion menester es que las supersticiones ó la incredulidad hayan cegado completamente la inteligencia. Hay un hecho notable, y es que los incrédulos, los materialistas y los ateos, que no faltan en nuestro siglo de reaccion religiosa, están de acuerdo con los ortodoxos para rechazar, mofándose, el movimiento de reforma que se produce en el seno del protestantismo y hasta en el seno de la Iglesia católica. No hablaremos de los reformadores que Roma desaprueba é inscribe en el *Index*, sino de algunos que Roma no puede repudiar, porque se declaran hijos adictos de

(1) *Le Disciple de Jesus-Christ, revus du protestantisme au dix-neuvième siècle*, 1865, t. 1, p. 561.

la Iglesia. Y, sin embargo, esos hijos tan obedientes no tienen reparo en desobedecer á su santa madre: mientras que ella maldice la libertad y la civilización moderna, ellos las aplauden y pretenden que todas nuestras libertades, lo mismo que nuestra civilización, son de origen cristiano. ¿No es esto ese cristianismo social y político cuyo advenimiento anuncia Rothe? Verdad es que los católicos liberales dejan intacto el dogma; pero también lo es que si le mantienen en teoría, hacen de él, en la práctica, poquisimo caso. Respetan mucho los consejos del Evangelio sobre la perfección; pero no se creen obligados á seguirlos; y partidarios de la pobreza evangélica, no tienen escrúpulo, cuando llega el caso, en hacerse especuladores y agiotistas.

Pero dejemos á los católicos liberales, en cuyo liberalismo creémos el día en que los veamos abandonar la Iglesia, y en cuyo catolicismo creémos también cuando los veamos, hijos arrepentidos, repudiar los errores liberales. El movimiento es más serio y mucho más considerable en las Iglesias protestantes, pues no sólo se produce en todos los países donde reina la Reforma, sino también en todas las sectas, lo cual constituye un hecho notable. En otro tiempo, los luteranos y los calvinistas se combatían con encarnizamiento, y unos y otros repudiaban como á heréticos á los sectarios que se separaban de la ortodoxia protestante. Hoy han desaparecido esas disidencias, y los discípulos de Lutero fraternizan con los de Calvino, y los episcopales de la Iglesia establecida con los disidentes... ¿qué digo? hasta los católicos tienen la mano á sus hermanos separados, y todos se unen contra el enemigo común. ¿Cuál es ese enemigo? Ese enemigo es el racionalismo, el pensamiento libre que invade todas las Iglesias; ese enemigo es el luteranismo alemán, revuelto desde hace mucho tiempo y contaminado hasta en su base por la filosofía; ese enemigo es la reforma francesa, la cual, gracias á la persecución, había permanecido al abrigo de la duda; ese enemigo es la Iglesia anglicana, que el poder de la ley parecía proteger contra una revolución; por último, ese enemigo son las sectas religiosas de Norte-América, abiertas á todos los vientos y á todas las tempestades (1).

(1) RÉVILLE, *Dutch theology, its past and present state* (*The Theological review, a Journal of religious thought and life*, July, 1864, p. 292).

Hablamos de duda y de escepticismo. De creer á los ortodoxos, el protestantismo liberal no es otra cosa, lo cual quiere decir que el liberalismo cristiano, más bien que una religión nueva, es la negación de la religión. ¡Singular acusación! dice monsieur Réville. ¡Cómo! ¿la ortodoxia tiene el monopolio de la fe? Y cuando toma la palabra, todo son lamentaciones y jeremiadas sobre la decadencia de la religión y sobre la incredulidad, signos precursores del Antecristo. ¡Es decir, que la ortodoxia conduce á multiplicar las deserciones del cristianismo! ¡Pues no hay duda que puede estar orgullosa de su obra! En vano dicen los ortodoxos que la culpa la tiene el racionalismo. Antes de ser racionalistas, los liberales y los avanzados eran miembros de la Iglesia oficial: ella fué la que los nutrió á su seno, la que los educó. ¿Por qué le volvieron la espalda? ¿Fué la seducción del materialismo lo que los atrajo? No. Los hombres que piensan no pueden ya creer en lo sobrenatural, y abandonan la Iglesia, no porque no quieren creer, sino porque no pueden y porque son demasiado sinceros para fingir una fe que no tienen. No hay, pues, jeremiadas que remedien el mal, ni resistencia que baste á detener un movimiento que está en la fuerza de las cosas (1). Mr. Réville dice que no conoce más que un medio para salvar el cristianismo, y con el cristianismo la sociedad, y ese medio es una reforma en la Reforma (2).

El pastor Wallon hizo una conferencia sobre la *Misión actual de la Iglesia protestante*, obra notable de la cual vamos á dar el análisis. ¿Qué significa esa reforma en la Reforma que el liberalismo cristiano presenta como la solución del problema que agita y atormenta á todos los espíritus serios? ¿No es más que un nuevo protestantismo, que un regreso puro y simple al cristianismo de Jesucristo? Réville empieza tomando por texto estas palabras de Jesús que parecen reducir su papel al de un continuador de Moisés: "No creáis que he venido á abolir la ley ó los profetas; no he venido á abolir, sino á cumplir." ¿Qué quiere decir esto? ¿En qué sentido cumple Jesús la ley y los profetas? Cumplir implica dos ideas. Lo que Jesús entiende fundar no es una religión absolutamente

(1) RÉVILLE, *Theological review*, July, 1864, páginas 253 y siguientes.

(2) RÉVILLE, *Quatre conférences sur le Christianisme*, première conférence, p. 15.

nueva, porque no viene á abolir. Pero tampoco viene simplemente á repetir lo que dijeron Moisés y los profetas, sino á cumplirlo; luego procede del pasado, que él concluye, dándole la plenitud y la perfección que le faltaba. Así es precisamente como nosotros concebimos hoy las revoluciones. Para que ellas tengan éxito seguro deben ser, al mismo tiempo, conservadoras é innovadoras: conservadoras, porque necesitan un lazo que las una á lo que existe; innovadoras, para que entresaquen de las instituciones del pasado lo que tienen de esencial y de eternamente verdadero, y sacrifiquen lo que no tenía en ellas más que un valor transitorio. En este sentido, innovar es la verdadera manera de conservar, y de este modo es como las religiones, á semejanza de todas las cosas, se rejuvenecen y son viejas y nuevas al mismo tiempo.

Lo que Jesús llamaba cumplir la ley ha llegado á ser la más admirable y prodigiosa revolución que registra la historia. La innovación es tan considerable, que ha dejado muy atrás los elementos del pasado que el cristianismo mantuvo después de apropiárselos. ¿Cuál era, según Jesús, el elemento eterno y permanente de la ley y de los profetas? El mismo nos lo dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pensamiento." Hé ahí el primero y más grande de los mandamientos. El segundo se le parece mucho: "Ama á tu prójimo como á tí mismo." En esos dos mandamientos, dice Jesús, está contenida toda la ley, están contenidos los profetas. Ellos son la esencia del mosaismo, ó, por mejor decir, del cristianismo, porque Jesucristo fué el primero que los puso en relieve, que hizo resaltar todo su valor. Dándoles el primer puesto y subordinándoles todo lo demás, derrumbó cuanto en la tradición judía no se relacionaba con el amor de Dios y del prójimo. Esto era realmente abolir el mosaismo trasformándole.

En este sentido, Jesucristo es el más grande de todos los revolucionarios. La ley era un puro mandamiento de Dios: en ella todo tenía sabor divino. Ella prescribía ciertos alimentos y ordenaba ciertos ritos purificadores. ¿Y qué dijo de esto Jesús? Que por sí mismo ningún alimento mancha el alma, y que la verdadera pureza está en el corazón. La ley era de una severidad rígida respecto á la observancia del sábado; Jesús quiere que la ley se subordine al bien del hombre para el cual

fué establecida. La ley no admitía que pudiera vivirse en comunicación con Dios ni entrar, por consiguiente, en el reino de Dios sin observar todos sus mandamientos. Jesús no mira como esenciales sino ciertas disposiciones del alma. En realidad, esto era abrogar la ley, pero conservando su esencia, dándole nuevos desarrollos. Jesucristo vió que en la ley y en los profetas había elementos caducos y elementos imperecederos; cosas pasadas de sazón y gérmenes de un ideal superior al que habían entrevisto los antiguos Padres. Preciso era hacer una separación entre las verdades fundamentales del judaísmo y la tradición judía, y esto fué lo que hizo Jesús, y de ello resultó la más grande de las revoluciones religiosas.

¿Pertenece todo eso á la historia antigua? ¿Hace M. Réville lo que tantos pastores, que se limitan á comentar el Evangelio, á la manera de los juriconsultos que comentan el código civil? Como en los tiempos de Jesús, en nuestros días se necesita cumplir sin abolir. Hay gérmenes que han llegado á su madurez: tal es la ley de progreso y de libertad, de amor y de espiritualidad, ley promulgada desde hace mucho tiempo por el Espíritu Santo y sofocada después por una masa de prescripciones, verdaderas plantas parásitas que hay que arrancar para que el árbol de la fe tenga nueva lozania. También nosotros, si hemos de trabajar en el adelanto del reino de Dios, debemos tomar por regla de pensamiento y de conducta la palabra de Jesucristo: cumplir el pasado. Si Jesús pudo decir con toda verdad que lo esencial en la ley y los profetas era el amor á Dios y á los hombres, ¿no tenemos también nosotros el derecho de decir que en el protestantismo es preciso distinguir, por un lado, su tradición, sus formas, sus instituciones, y por otro, sus principios, su espíritu, su esencia? Menester es que veamos cuál es esa esencia, y esto vale tanto como preguntar cuál es la esencia del cristianismo, puesto que la ambición de los reformadores fué volver al cristianismo primitivo, original, tan extrañamente desfigurado en el catolicismo de la Edad Media.

Los reformadores cometieron la falta de no ascender hasta el cristianismo original, hasta el de Jesucristo, porque, evidentemente, allí es donde estaba la esencia. Pero ¿en qué consistía el cristianismo de Jesús? "Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos." Excitando al hombre á